

EL SENTIMIENTO POR EL OTRO SEXO: LAS MUJERES EN LA OBRA DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET

THE FEELING TOWARD THE OPPOSITE SEX: WOMEN IN JOSÉ ORTEGA Y GASSET'S WORKS EN SEGUNDO IDIOMA

María Curros Ferro
Universidad Alfonso X "El sabio"

ORCID: <https://orcid.org/0009-0007-0457-860X>

DOI: 10.64301/fc.v4i7.112



RECIBIDO:
05/05/2026
ACEPTADO:
31/05/2026

6

Resumen: En este artículo se presenta un análisis del ser femenino en la obra del filósofo madrileño José Ortega y Gasset. A pesar de que sus grandes amistades femeninas extranjeras marcaron su carácter, este pensador nacido en 1883 defiende la superioridad del varón. No obstante, volvió en toda su obra una y otra vez a conceptos como el amor y la mujer llegando a fusionarlos, mientras divagaba frecuentemente sobre lo que, en su opinión, es o no es una mujer perfecta. Sin embargo, parece tenerlo claro solo parcialmente, pues se pregunta en numerosas ocasiones sobre el oficio ideal de esta, el modo de vestirse. Pese a todo, Ortega fomentó la participación femenina en el ámbito intelectual de mujeres con una elevada formación académica tomando como referentes, sobre todo, a eruditas extranjeras como su traductora al alemán, Helene Weyl o la polifacética Victoria Ocampo.

Palabras clave: Ortega y Gasset; filosofía; mujeres; amor.

Abstract: This article presents an analysis of the feminine being in the work of the Madrid-born philosopher José Ortega y Gasset. Although his major female friendships abroad shaped his character, this thinker, born in 1883, upheld the superiority of men. Nevertheless, throughout his work he repeatedly returned to concepts such as love and woman, eventually merging them, while

frequently speculating on what, in his opinion, constitutes a perfect woman. However, he seems to have only a partial understanding, as he often questions the ideal role of women and even their way of dressing. Despite all this, Ortega promoted female participation in the intellectual sphere, particularly among highly educated women, taking as references above all foreign intellectuals such as his German translator, Helene Weyl and the multitalented Victoria Ocampo.

Keywords: Ortega y Gasset; philosophy; women; love.

1. INTRODUCCIÓN

En pocos autores vida y obra van tan de la mano como en el pensador madrileño José Ortega y Gasset. En palabras de Ángel Rubén Pérez Martínez “el filósofo no sólo ha de escribir con eficacia técnica, sino también con el corazón, de manera que presente su filosofía no sólo razonada; también vivida” (2012, p. 129) y este es el caso de Ortega. Se trata de un estudio que pretende ahondar no sólo en su obra sino también en su vida, sobre todo en las mujeres que han dejado huella en él. Esto es porque cabeza y corazón definen su pensamiento. Se seguirá en todo el trabajo la última edición de las *Obras Completas* (para las citas se incluye el tomo en romanos y la página en arábigos). El libro *Cartas de un joven español (1891-1908)* (de ahora en adelante será *Cartas*) es indispensable. Se trata del epistolario recopilado y editado tras la muerte de Rosa Spottorno, por la hija de ambos, Soledad. *Cartas* contiene un gran número de epístolas que el joven Pepito -así le llamaban en la intimidad familiar- envía a sus padres, hermanos y amigos, pero, sobre todo, resulta fundamental para este estudio, la parte III, la correspondencia que entre 1905 y 1907 el filósofo español dirige a la que será su futura esposa: Rosa. Como veremos, “el método de aproximación a la realidad orteguiana tiene como uno de sus ejes el sentimiento” (Pérez Martínez, 2012, p. 133) y más concretamente el sentimiento por el otro sexo. Tal y como señala Julián Marías la mujer “en la obra de Ortega tiene un puesto relevante. Y no solamente en su obra, sino en su biografía; creo que es una cuestión central, que en cierto modo ilumina aspectos muy profundos de su pensamiento filosófico” (1991, p. 255). En su juventud, osó preguntar a su futura esposa “¿qué cosa son las mujeres?”

Yo quisiera tener amores con quince o veinte mujeres para conocerlas, por interés puramente intelectual. Yo sé cómo eres tú (se refiere a Rosa) pero sé también de antemano que tú eres excepcional y muchas veces, pensando mis filosofías, a mil leguas de toda tontería de conquistas, etc., pienso: ¿qué cosa son las mujeres? Y tengo que contestarme aproximativamente. [...] tú (se refiere de nuevo Ortega a la que será su esposa) tienes que ayudarme a conocer las mujeres ya que ese otro medio de estudiarlas directamente te parecerá bastante mal. (Ortega, 1991, p. 426)

La figura del ser femenino viaja una y otra vez por la obra orteguiana. De hecho, frecuentemente construye el filósofo su pensamiento sobre el ser femenino a partir de la personalidad de las mujeres que conoce. Es evidente que sus amistades femeninas lo marcaron de un modo profundo. Duda sobre el puesto de la mujer en el mundo, en ocasiones las sitúa en la sociedad y otras las vincula solamente al hogar y a la maternidad. Pero, además,

une en todo momento dos conceptos que concibe indisolubles: amor y mujer, llegando a fusionar uno en el otro. Ortega “ha dedicado al fenómeno del amor estudios maravillosos, profundos, trascendentes. Directa o indirectamente, relacionados con la mujer o en atinadas comparaciones con la pareja humana, el tema del amor, ya en su aspecto sexual, espiritual o místico, ha llenado muchas páginas de su extensa obra” (Sequeros, 1983, pp. 25-26). En definitiva, este trabajo es una aproximación a la idea de mujer en nuestro filósofo madrileño del siglo XX.

2. LAS AMISTADES FEMENINAS DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Todo parece indicar que la amistad intersexual en la época de Ortega fue una utopía. Este tema, que inquietó en exceso a nuestro filósofo, llegó a ser uno de sus objetos de reflexión durante su primera estancia en Alemania. Así se lo hace saber a Rosa: “aquí las muchachas salen siempre solas (se refiere Ortega a las mujeres alemanas), tienen sus amigos y sus amigas y los tratan indistintamente. Todo el mundo las respeta, pero es porque ellas tienen tanta personalidad como ellos” (1991, p. 318).

Meditando sobre o amor e a mulher, Ortega percebe que os problemas de sua época não seriam resolvidos mediante ações políticas ou civis, sem mudar o interior das pessoas. É assim que ele chega a enfrentar a questão do relacionamento entre homens e mulheres. O comportamento moral de ambos estava, para o filósofo, diretamente ligado a este sentimento transformador. (Pitt, 2006, p. 150)

Podemos excusar a Ortega, recordemos que el filósofo madrileño había nacido en 1883, pues, en España, la amistad entre personas de diferente sexo no era común en su época. Marías explica muy bien este hecho:

Ortega [...] toma una actitud que llamaba “pedagógica”, de demanda de libertad en las relaciones entre hombres y mujeres, en una sociedad muy cerrada. Insistía en que había que oponerse a cierta gazmoñería, a cierta hipocresía que existía en la sociedad española y que hacía sumamente deficiente la relación entre hombres y mujeres; lo cual le parecía destructivo para la vida, en todos sus aspectos. (Marías, 1991, p. 256)

Ese vetusto comportamiento social podríamos extrapolarlo a las citas amorosas en aquella España de principios del siglo XX, puesto que los jóvenes no podían encontrarse a solas. Ortega describe tal situación verdaderamente bien en sus cartas a Rosa cuando comenta que está cansado de que no puedan reunirse sin que la madre de ésta los siga cual guardaespaldas. También acontecía idéntica situación al ir los mozos a rondarlas como relata Javier Zamora Bonilla en la biografía del madrileño: “Los muchachos caminaban por las calles unos pasos detrás de las jovencitas por las que sentían inclinación cuando éstas iban, decentemente acompañadas por sus madres, familiares, amistades o servidumbre, a misa o a pasear” (2002, p. 37).

Las amistades femeninas orteguianas en España y al otro lado del Atlántico, sobre todo en Argentina, fueron relativamente numerosas para lo que era habitual en un varón de su momento histórico. En Buenos Aires, Ortega descubre a “la mujer argentina, entre ellas Julia del Carril, Bebé Sansinena (se refiere Abellán a Elena Sansinena de Elizalde) y, sobre

todo, [a] Victoria Ocampo, con la que parece que hubo algo más que amistad” (Abellán, 2000, p. 73). Pero en su país el madrileño también:

tuvo amistades femeninas. María de Maeztu y María Zambrano, amigas ambas y discípulas suyas, la señora Kochertaler, más conocida como María Luisa Caturla, famosa historiadora y crítico de arte especializada en Zurbarán; Virgilia González del Valle, dama asturiana vinculada al ambiente cubano; Carmen Muñoz y Roca Tallada, Condesa de Yebes. (Abellán, 2000, pp. 74-75)

Su primer hijo, Miguel, considera que “estas amistades femeninas estimularon de continuo su creatividad. Como consecuencia escribió muchas páginas” (Miguel Ortega Spottorno, 1983, p. 72). A diferencia de María Zambrano, que se considera más bien su alumna, la relación con María de Maeztu fue muy estrecha, pues visitaba la casa familiar con asiduidad porque “vive en un piso de la misma finca que Ortega, en la calle Goya, y será una de las más íntimas amigas de Rafaela Ortega” (Gracia, 2014, p. 102). Sobre la relación de Ortega y Gasset con la educadora vasca señala Soledad Ortega: mi padre “mantuvo una continuada y profunda amistad desde la juventud con María de Maeztu; frecuentísima era la aparición de María en nuestra casa a compartir la comida de la noche y prolongar la charla consecuente hasta horas bien avanzadas” (Soledad Ortega Spottorno, 1983, p. 36). Otro de los motivos principales por los que María de Maeztu visitaba su casa era que, junto a Rafaela Ortega, hermana pequeña del filósofo, dirigía la Residencia de Señoritas. El caso de María Zambrano ha llegado a nosotros gracias a las obras de diversas especialistas y a la fundación que cuida y protege su legado. María Luisa Maillard, quien conoció a María Zambrano y sobre la que ha escrito e investigado mucho afirma que la filósofa malagueña siempre se sintió discípula de Ortega destacando de su mentor “la cualidad impagable de un maestro que fue capaz de transmitir a sus alumnos la necesidad de una verdad para la vida [...] pero tampoco olvida la discípula la generosidad de una palabra que sabía dirigirse al centro de la persona y la urgía con el imperativo de la autenticidad: “atrévete a ser” –*sapere aude*–” (2004, pp. 250-251).

Aunque ambas Marías, Maeztu y Zambrano, tenían una formación similar a Ortega, ninguna de ellas causó el impacto en el madrileño que alcanzaría Victoria Ocampo. Para José Lasaga “la relación entre la ‘Gioconda austral’ y el Espectador español” fue un “magnífico animal bicéfalo” (Lasaga, 2005, p. 299). Se conocieron durante el primer viaje de Ortega a Argentina. Era 1916 y ambos, según José Ortega Spottorno, habían sido invitados a la casa de Julia del Carril para cenar. El hombre bajito y calvo, que posteriormente habría de ser su amigo, no atrajo en un primer momento a Victoria Ocampo, aunque el flechazo intelectual fue prácticamente instantáneo. Como señala Marta Campomar en *Los viajes de Ortega a la Argentina y la Institución Cultural Española* “en su primer encuentro con Victoria Ortega descubre definitivamente a su “Gioconda de la pampa”. En aquel entonces era la señora de Estrada, atada a un matrimonio fracasado y a un amante furtivo” (Campomar, 1997, p. 133). Amante que causó conocidas desavenencias entre los dos amigos provocadas por la opinión que a Ortega le merecía el miembro de esa relación adúltera: “enfadada Victoria por una censura que había emitido Ortega sobre un guapo mozo que era su amante, no volvió a

escribirle durante muchos años. Pero en el segundo viaje, de 1928, la paz volvería a esa amistad” (José Ortega Spottorno, 2002, p. 273) y de ella surgiría el proyecto que culminó con la creación de la archiconocida revista *Sur*.

en enero de 1931, apareció por iniciativa de Ocampo la revista *Sur* que se convertiría en la publicación cultural más prestigiosa del país por varias décadas. El proyecto llevó varios meses de gestación y tuvo como mentores al escritor norteamericano Waldo Frank y a Ortega. [...] fue Ortega quien propuso el nombre, integró el consejo de redacción hasta 1938, y sugirió, en 1933, la fundación de una editorial que permitiera aumentar las ganancias y hacer frente a los gastos de la revista. *Sur* siguió de cerca el estilo impuesto por la *Revista de Occidente*. (Queirolo, 2002, en línea)

Un año después de la muerte de este, en una travesía de Dakar a Barcelona, la polifacética mujer argentina señalaba: “España sin Ortega. Una triste España para mí. España sin amigos” (Ocampo, 2005, p. 309) admitiendo lo innegable: “mi deuda con Ortega es grande, nunca lo repetiré suficientemente” (2005, p. 305), pero esta deuda fue bidireccional ya que ella le dejó dinero durante el exilio del filósofo madrileño.

Pero hubo otra gran amiga argentina, Elena Sansinena de Elizalde, presidenta de la Asociación de los Amigos del Arte. Ella lo lleva a Argentina en 1928, en su segundo viaje. Al igual que aconteció con la *Gioconda argentina*, Elena y Ortega se habían conocido en 1916, durante el primer viaje del madrileño al país austral. Su amistad se afianzó poco a poco y Bebé, como se la conocía en su grupo íntimo de amigos, demostró en más de una ocasión su lealtad al español. El segundo viaje de Ortega a Buenos Aires lo propuso ella y allí Ortega, en 1928, da unas conferencias para la Asociación de los Amigos del Arte. Y es Bebé Sansinena quien, en el exilio francés del madrileño, en 1937, le presta dinero junto a Victoria: le envía tres mil pesos según Campomar (1997, p. 143). Ortega estaba pasando por graves estrecheces económicas debido a que, tras finalizar la Guerra Civil Española, él y su familia habían huido de Madrid con lo puesto. En una carta escrita y enviada por Ortega a Victoria Ocampo el 23 de marzo de 1937 en París señala: “salvo tú y Bebé *nadie* en el mundo se ha preocupado de mí” (1974, p. 157). Son las únicas que parecen sentir lástima por él. En ese año 1937 los Ortega pudieron haberse instalado en Buenos Aires, pues “Bebé le consigue un modesto departamento en Belgrano, y Victoria se agita con la Municipalidad para conseguirle audiciones de radio y la publicación de un libro sobre las relaciones de Argentina y España” (Campomar, 1997, p. 143), pero Ortega no se decide a dejar París hasta agosto de 1939, cuando es indudable que los alemanes entrarán en el país galo.

Hubo otra amistad relevante más, pero posterior a las anteriores, en este caso con una mujer europea que jugó en la vida del filósofo un papel crucial: su traductora al alemán, Helene Weyl. Sin embargo, ese afecto surgió de una manera distinta y en esta ocasión en España. Gracias a ella, el éxito de Ortega en Alemania fue rotundo “a pesar de las desavenencias sobre la interpretación de algunos textos o la oportunidad de su publicación o el modo en que éstos se publicaron” (Zamora, 2008, p. 233), Hella, como la conocían sus allegados, “había traducido de manera perfecta, entre otros libros de mi padre, *La rebelión de las masas*” (Miguel Ortega Spottorno, 1983, p. 120).

Todo empezó en 1923, cuando Helene Weyl visitó España junto a su marido. Es posible que Ortega y Helene Weyl se encontrasen en alguno de los diversos actos académicos o en alguna de las reuniones privadas a que Hermann Weyl fue invitado y a los que asistió Ortega. Helene Weyl, que se había formado en algunas de las mejores universidades germanas en Matemáticas y Filosofía, se interesó entonces por las lenguas romances y quiso traducir algunos textos españoles al alemán. El principal elegido fue Ortega, que por sugerencia de Hermann Weyl envió a su mujer algunas obras suyas. A Ortega le hizo ilusión que algunos de sus textos se tradujesen al alemán. (Zamora, 2008, pp. 228-229)

Si bien la relación de Ortega con las mujeres fue muy variada, no pasó desapercibida para nadie. La amistad para el filósofo significó apoyo, ayuda, atención, afecto... esto es algo que se aprecia en sus epistolarios cargados de sentimientos de gratitud para, sobre todo, con esas mujeres que se fueron cruzando en su camino. En su tercer y último viaje a tierras argentinas lo acompañaba en esta travesía Soledad, quien se permitió opinar sobre este hecho. En *José Ortega y Gasset: Imágenes de una vida 1883-1955*, libro publicado para conmemorar el primer centenario del nacimiento de su padre, Soledad señala que este:

Gozó enormemente de la amistad femenina, no exenta a veces, como es humano, de un componente de ilusión o atracción que entre sexos opuestos hace más fecunda esa amistad. Pero aun *cum grano salis*, Ortega supo mantener con la mujer una relación amistosa, vivir esa amistad entre sexos contrarios que ha sido ya habitual en nuestra generación. (1983, p. 36)

En 1991, años después de esta afirmación de su hija, Julián Marías, discípulo de su padre y compañero generacional de Soledad, también abordó la amistad femenina en su mentor.

Creo que, a Ortega, por motivos generacionales, le faltó la experiencia plena de la amistad intersexual. En su época era algo excepcional, casi siempre un amor falto de peso, o tímido, o frustrado. No tuvo la experiencia de esa amistad que no es otra cosa, pero en la cual entran íntegras la condición femenina y la condición masculina. Esto comenzó de verdad en la generación que me precede, se consolidó en la mía y ha entrado en crisis después (por la guerra civil y la dictadura). (1991, p. 270)

En definitiva, Julián Marías y Soledad Ortega Spottorno, que habían nacido en el mismo año: 1914, manifiestan la misma opinión sobre las amistades femeninas de José Ortega y Gasset. Además, añadimos, estas mujeres que tan positivamente influyeron en el filósofo madrileño aunaban una enorme inteligencia. De lo contrario, no habría habido afinidad, en verdad, la admiración era recíproca.

3. EL BELLO SEXO: LA MUJER ES ESCAPARATE QUE VESTIR

En “Estética en el tranvía” de 1916 Ortega reconoce que mirar a las damas cual objetos no es su estilo, pero contradiciéndose admite que la ejecución de este acto se puede considerar un “rasgo bello”.

Pedir a un español que al entrar en el tranvía renuncie a dirigir una mirada de especialista sobre las mujeres que en él van, es demandar lo imposible. Se trata de uno de los hábitos más arraigados y característicos de nuestro pueblo. A los

extranjeros y a algunos compatriotas les parece incorrecto ese modo insistente y casi táctil con que mira el español a la mujer. *Yo soy uno de éstos* (la cursiva es nuestra): me produce una gran repugnancia. Y, sin embargo, creo que esa costumbre es uno de los rasgos más originales, bellos y generosos de nuestra raza. (Ortega, 2004, II, p. 176)

Como señala Flora Guzmán “la mujer en la mirada de Ortega y Gasset tenía que aparecer como aparece: sólo como objeto del deseo, aunque la rodee con distintos eufemismos. Casi nunca es sujeto” (1984, p. 180). Predomina en el pensamiento del filósofo madrileño la preeminencia de la apariencia física como eje vertebrador de las descripciones que hace a propósito del ente femenino, cuerpo hermoso que sirve de aliento del hombre. Él mismo se permite opinar también sobre la perfección corpórea de la mujer. Lo hace, incluso, a través de preguntas retóricas, como las que encontramos en la obra anteriormente citada “Estética en el tranvía”, aunque también en su vida privada incide sobre este hecho: “¿En qué consiste –me preguntaba yo– este fenómeno psicológico que podríamos denominar cálculo de la belleza femenina?” (Ortega, 2004, II, p. 177). Por otra parte, le repite constantemente a Rosa lo bella que ella es en oposición a él: “tú sola tienes que ser guapa; para ti toda mi belleza. Yo tengo muchas cosas que hacer antes de ocuparme en ser bello. No soy bonito pero el hombre viene a algo más a este mundo. Aun para las mujeres está demostrado que los más célebres conquistadores han sido feos” (1991, p. 416).

En general, el cuerpo de la mujer en su conjunto es la perfección, la belleza suma para Ortega y los hombres de su generación. Como ha quedado demostrado, el filósofo español lo deja patente en las cartas a su futura esposa. Fueron muchos los coetáneos de Ortega y Gasset que colaboraron asiduamente en la *Revista de Occidente* alrededor de los años 20, con frecuencia reflexionando acerca de asuntos como “los dos sexos y la mujer. Simmel, Ortega, Marañón y Jung, aunque con una cierta diversidad de matices, comparten abstractamente la teoría de una diferencia innata o cuasi innata entre el hombre y la mujer” (Mora, 1987, p. 195). Simmel comenzó a aparecer en *Revista de Occidente* por mandato de Ortega, quien mandó traducirlo. No ha quedado demostrado que este haya sido su maestro en Alemania, aunque en cartas a sus padres, Ortega afirma que asistió a sus clases. “Del mismo modo que Simmel, Ortega no considera a las mujeres como individuos” (Cavana, 1996, p. 101). He aquí lo indiscutible:

Ortega fue un apasionado defensor de la teoría de la polaridad de los sexos; no sólo hizo traducir los principales escritos de Simmel sobre este tema, sino que también dedicó un buen número de sus ensayos al tema de los sexos, principalmente a la caracterización del ser de “la mujer”. (Cavana *ibidem*)

De aquí que no resulte extraño que las colaboraciones del alemán junto a las de su “alumno” y a las del médico Marañón y el psicólogo Jung en *Revista de Occidente* menospreciaran y subalternizaran a la mujer. Este hecho lo describe sensacionalmente bien Magdalena Mora en el gran artículo “La mujer y las mujeres en la *Revista de Occidente*: 1923-1936”. También existía en la *Revista*, aunque evidentemente de menor alcance, la postura contraria, la de las valientes que se atrevían a opinar diferente y a reclamar la igualdad real

para la mujer. Magdalena Mora finaliza su trabajo concluyendo que “en su conjunto y globalmente, el mensaje que la *Revista* transmite es ambivalente y aun contradictorio, paradójicamente conservador e innovador al mismo tiempo” (Mora, 1987, pp. 208-209). Creemos que la *Revista*, en efecto, mostraba el arquetipo del pensamiento orteguiano, donde el lector se topa con incoherencia tras incoherencia. Ortega y muchos de sus contemporáneos trataban a la mujer como a un objeto, pero, a la vez sentía el filósofo madrileño inclinación por la dama culta y refinada.

En su matrimonio con mi madre –pese a la diferencia de nivel cultural de aquel tiempo entre los dos sexos– entra un componente de amistad muy real. Ya en sus primeras cartas de amor se percibe en mi padre el afán de tirar de la novia para arriba. Le incita a leer, pero lecturas sistematizadas; y es conmovedor contemplar los cuidadosos planes de lectura-estudio que confecciona para ella. (Soledad Ortega Spottorno, 1983, pp. 36-37)

En esas cartas apreciamos el comportamiento del filósofo al no leer su novia tanto como él desea: “Lo que me parece una verdadera vergüenza es que no hayas aún acabado los cuatro míseros libros que te dejé” (1991, p. 408). En definitiva, quiere que estudie, que sea culta, que sienta interés y curiosidad por adquirir conocimientos nuevos, pero, como para Ortega la mujer es objeto le inquieta cómo se viste. Aunque no se trate de un tema muy filosófico en apariencia, Ortega aprovecha cualquier texto, cualquier idea, cualquier sugerencia, para divagar sobre modas y mujeres. En “Al margen del libro *Los iberos*” el madrileño da rienda suelta a sus pensamientos.

En tanto iba escuchando de labios del místico español (se refiere a su *alter ego* Rubín de Cendoya) estas poetizaciones, consideraba la elegancia de una mujer que caminaba delante de nosotros. Sus jóvenes líneas eran dócilmente respetadas por el vestido. Las modas de este año conceden sumo honor a las mujeres que conservan una mocedad ágil y fuerte. Tal vez acentúan demasiado la venusta agresividad que insinúa en la dama un busto floreciente. Aparte de esto, las modas nuevas son bellísimas y se fundan en el principio del calado, con la intención, sin duda, de hacer más visibles las virtudes. (Ortega, 2004, II, p. 79)

Probablemente se trate de uno de los primeros textos en los que este filósofo menciona explícitamente la moda. Es agosto de 1909 cuando Ortega publica este texto, tiene poco más de veintiséis años, es joven, apuesto y presumido. Todavía no se ha casado con Rosa Spottorno, pero no tardará en hacerlo. Para el enlace queda apenas un año. Y al igual que se preocupaba por su apariencia física, pues encargaba los trajes y los zapatos a medida, como han afirmado sus hijos, también la moda femenina le resulta atrayente. A menudo se sirve de ella para hablar del cuerpo de la hembra humana y de sus virtudes. Por otra parte, usaba de los sombreros y solía utilizarlos en invierno para protegerse del frío y durante el estío para evitar las quemaduras solares. El uso de esta prenda entre las hembras suscitó debates a comienzos del siglo pasado, asunto que no lo dejó indiferente empleándolo como tema en su artículo de 1903 “Incipit. El reinado de la grosería”: “El gobernador de Madrid prohibiendo a las señoras el uso del sombrero en los teatros, ha realizado algo que es de la

mayor importancia. Hasta ahora se había respetado la indumentaria de la mujer y se la había considerado como materia ilegislable” (Ortega, 2004, I, 16).

Unos veinte años después, concretamente en julio de 1927, encontramos de nuevo la moda en su pensamiento, esta vez en “¿Masculino o femenino?”: “Tampoco sabe bien la mujer de hoy por qué fuma, por qué se vista como se viste, por qué se afana en deportes físicos” (Ortega, 2005, IV, p. 72). Inconcebible resulta, pues, ese interés por el vestuario femenino en un filósofo de su época e insiste “es una bobada perseguir en nombre de la moral la brevedad de las faldas al uso. Hay en los sacerdotes una manía milenaria contra los modistos. ¿Cuál es la falda diabólica? ¿La corta o la larga?” (Ortega, 2005, IV, p. 73).

Sequeros sostiene que “según Ortega, para la mujer, su cuerpo es lo principal, lo primario y, en muchos casos, lo único. De aquí su plena dedicación al mismo, al constante cuidado que pone y consagra a él” (1983, p. 27). Si para la hembra su cuerpo es primordial, asunto que podría ocupar cientos de páginas, para Ortega y Gasset lo es, si cabe, más todavía. Buena prueba de que la apariencia estética era vital para este pensador la localizamos en sus cartas a Rosa, pues le repite en numerosas ocasiones que cuide su físico: “¡Cúidate, cúidate, para que cuando vaya no te encuentre fea!” (1991, p. 534).

A través de los siglos y debido al heteropatriarcado, la mujer se ha considerado un galardón para el varón, en definitiva, una presa que atrapaba y era suya para siempre. Veamos una vez más la opinión de Ortega: “«La mujer es el premio del hombre» dice no sé qué viejo filósofo o poeta primitivo: sí, es verdad. Viéndote, (se refiere a Rosa) presentándote como nueva ante mis ojos me he sentido hasta en las entrañas premiado” (1991, p. 379). Que la mujer es el premio del hombre en el pensamiento orteguiano ha quedado patente en “La caza y los toros”. Aquí este intelectual demuestra que la presa se torna medalla, pues los jóvenes se dirigen a cazar mujeres. Que la hembra es cuerpo y es belleza ya lo encontramos en la *Iliada*, la gran obra épica del siglo VIII a. C. atribuida a Homero, en donde el que consiga a la protagonista, Penélope, se lleva el galardón. En otro artículo distinto, esta vez nos referimos a “Estafeta romántica”, el erudito madrileño, de nuevo, afirma que la mujer ha venido a este mundo a vivir por y para el hombre: “la mujer es el objeto que ilusiona, que encanta, que atrae al hombre. Creo que el hombre que se ha exigido mucho a sí mismo, aprende a exigir también mucho de las demás cosas y personas. Sobre todo, es exigente para aquello cuya misión estriba en atraerle, en encantarle” (2005, III, p. 102). De nuevo, la mujer no es sujeto, ser humano, sino cosa, objeto.

4. EL OFICIO IDEAL DE LA MUJER

Las hembras son seres subalternos en la filosofía orteguiana, quedan relegadas al hogar y a la maternidad, no pueden ser abogadas ni fotógrafas, pero sí bordar y coser. Esta afirmación de Ortega en su obra *Estudios sobre el amor*, una de sus obras más leídas, es muy significativa: “el hombre va a la mujer como a una fiesta y a un frenesí, como a un éxtasis que rompa la monotonía de la existencia, y encuentra casi siempre un ser que sólo es feliz ocupado en faenas cotidianas, sea en zurcir la ropa blanca, sea en acudir al *dancing*” (2006, V, pp. 519-520). Volvemos así al hogar, el perfecto lugar de la hembra para nuestro filósofo.

Con toda probabilidad, heredó de Simmel el modelo de mujer decimonónico, pero ignoró las reivindicaciones históricas feministas que abogaban por la independencia e igualdad de derechos en varones y hembras: “no quiero decir que me parezca mal la demanda del sufragio o demás equiparaciones jurídicas y económicas con el hombre. Me parece muy bien, pero de escasa importancia, y no significan nada positivo en la cultura femenina” (2005, III, p. 103 (n)).

Ortega es tajante: “Si la mujer no encanta, no la elige el hombre para hacerla esposa” (2005, III, p. 732). Por tanto, la soberanía de la elección corresponde únicamente al varón, pues es él mismo el que escoge compañera para desposarse y hacerla madre de sus hijos. El hombre domina así a la mujer, a quien no deja opción a opinar silenciándola socialmente. Ortega la transforma en un objeto, un elemento sin identidad, acaba por convertirla en alguien sin juicio ni opinión porque ella esencialmente ha venido a este mundo a gustar al hombre. La circunstancia de la mujer española de finales del siglo XIX y principios del XX no era precisamente envidiable. La subsistencia de la hembra sólo podía llevarse a cabo así: contrayendo nupcias, prostituyéndose o entrando en un convento, con pocas opciones más contabas si nacías en una familia sin posibles. Ser solterona, por otra parte, era prácticamente un infierno. Ortega lo sabía y por eso en una de las cartas que envía a Rosa se burla de la situación de la mujer en su época.

Una mujer hoy no tiene más que dos salidas si su ánimo es noble, clarividente y fino: o sentir su piel crispada al roce con el resto de los humanos y procurar huir de la vida (deseando la muerte, entrando en un convento, haciendo una triste vida de soledad) o sentir eso mismo, pero decidir imponerse a los demás, formarse una robustísima personalidad y ser la que obliga a cuantos la rodean a sentir de tal o cual modo. Tú (se refiere a Rosa) eres hasta ahora un término medio: eres, en realidad, todavía lo primero [...] pero deseas, con verdadera energía algunas veces –no siempre, no constantemente– llegar a ser lo segundo. (1991, p. 309)

En varias cartas a su futura esposa a propósito de las hijas de Montojo (el marino español Patricio Montojo y Pasarón) Ortega se muestra contundente en este asunto: “esas chicas que tienen, en verdad, mala suerte [...] el último golpe será la muerte de la madre que no debe tardar mucho pues está muy delicada, y entonces tendrán que empezar esa tristísima vida de recogidas, de mujeres sin hogar que se casarán por obligación” (1991, pp. 430-431). Es decir, en repetidas obras, tanto en su juventud como en su madurez, el pensador madrileño proporciona a la hembra el papel de mera compañera nocturna que no sirve más que para ser amante, esposa, madre: “la mujer por necesidad de su ser tiene hijos. Para eso es mujer y no aire” (1991, p. 417) le escribe a su futura cónyuge. De la mano de este hecho va otro: “ese cuádruple oficio” que no es otro que el de ser “esposa, madre, hermana, hija” (2005, III, p. 729). Algunas páginas después indica: “El oficio de la mujer, cuando no es sino mujer, es ser el concreto ideal del varón. Nada más. Pero nada menos” (2005, III, p. 731). Siguiendo los convencionalismos sociales de su época, Ortega insiste: “El hombre golpea con su brazo en la batalla, jadea por el planeta en arriesgadas exploraciones, coloca piedra sobre piedra en el monumento, escribe libros, azota con discursos. La mujer, en tanto, no

hace nada, y si sus manos se mueven, es más bien en gesto que en acción” (2005, III, pp. 734-735).

Desagradan a Ortega, como no podía ser de otro modo, la soltera y su variante la madre soltera, la adúltera y la prostituta. De los textos orteguianos deducimos que el celibato no se encuentra entre los estados ideales para la mujer, este no es sino una pesadilla para la dama. Tal juicio lo enuncia en una carta a Rosa: “tus parientes te quieren y basta. No basta, no señor. Demasiado sé que tú te engañas cuando dices esto y que no te basta; que si yo me fuera de tu lado para siempre y tuvieras que vivir siempre entre ellos verías la vida como una pesadilla” (1991, p. 504). El hecho de que, a comienzos del siglo XX un hombre interrumpiese una relación con una mujer se convertía en una angustia existencial para la dama teniendo que soportar la tortura de verse señalada por la calle. Lo que realmente gozaba de relevancia en la época era el hecho de haberse mantenido virgen, inmaculada, antes del matrimonio. Tener veteranía en el lecho conyugal era una actividad adscrita solamente al varón, quien podía buscar diversión en una dama que nunca llegara a ser la suya, a menudo este era el papel de la prostituta.

No es igual el hombre y la mujer aun en esto del cariño. El hombre no debe ser inocente y debe ser experimentado para bien de la mujer que ama tiernísimamente y por siempre, y la mujer debe ser inocente para bien y dulzura del hombre. ¿No es verdad, amorín?. (1991, p. 349).

De modo preciso define el filósofo claramente a la prostituta como la mujer experimentada, antítesis de la inmaculada. Abundan en los textos de Ortega referencias a las meretrices, de quienes, entre otras cuestiones, señala en *Estudios sobre el amor* que su oficio “es una condición que debe quedar oculta, como ser ladrón, como ser espía” (2006, V, p. 627). Este tipo de mujer se encuentra en un estrato claramente inferior por varias razones. Por una parte, depende económicamente de sí misma. Por otra parte, disfruta, además, de los placeres carnales. Ortega la define como negación del carácter femenino, porque tal carácter femenino no se adecúa a lo correcto y esperable en la mujer oponiéndose, por razones obvias, a la hembra perfecta. Su condición atípica de mujer tiene desconcertado al pensador madrileño. De ahí que para Ortega la prostituta se haya convertido en “el instinto radical de lo femenino” (2004, II, p. 480) o lo que es lo mismo: “un caso peculiarísimo de masculinismo en la mujer” (2006, V, p. 516) porque mantiene relaciones sexuales como lo haría un varón. Evidentemente, la castidad en el hombre no importa, pero sí en su esposa.

Ahí (se refiere el madrileño a España mientras le escribe a Rosa desde Leipzig) no se piensa desde los 18 años más que en hacerse un colchón donde dormir lo más tranquilamente posible y casarse con una mujer muy ordenadita para que no gaste mucho y muy beata y muy ignorante y muy Doña Nada para no tener que inquietarse demasiado respecto a su fidelidad. (1991, p. 312)

Existe también otro tipo de varón en opinión del pensador Ortega y Gasset, aquel que no desea desposarse, aunque sí yacer con mujeres castas. De alguna forma y pese a que pueda parecer lo contrario, la prostituta, extremo y radicalización de la hembra, se comporta como Don Juan: su lecho nunca se encuentra vacío. Ella ejerce su oficio a cambio de dinero,

pero Don Juan obviamente no. A diferencia de la prostituta, Don Juan engaña y se aprovecha de sus presas, a las que miente para obtener su pureza. Por eso, como advierte Ortega “es atraído preferentemente por la mujer más recatada, por la que más se oculta al público, y que en la morfología femenina representa el polo opuesto a la prostituta” (2004, II, p. 780). Tal atracción no existe, se lo inventa para así obtener lo que busca, pero nunca se enamora porque no repite, no se cansa de buscar más hembras para aprovecharse de ellas. Don Juan es reincidente, de ahí que repita su *modus operandi*:

el deleite donjuanesco es el de asistir una vez y otra a esa maravillosa escena de la transfiguración femenina, a ese patético instante en que la larva se hace, en honor de un hombre, mariposa. Concluida la escena, vuelve la mueca fría a los labios de Don Juan, y dejando queo la mariposa queme al sol sus alas recién desplegadas, se orienta hacia otra crisálida. (2004, II, p. 781)

Como vemos, a Ortega solo le sirve un arquetipo de mujer: aquella que se casa y es madre. Esa intimidad a la que se refiere el autor en sus escritos no es sino el hogar, al que ha estado relegada siempre la hembra: “En el hogar domina siempre el clima que la mujer trae y es. [...] Este ambiente doméstico emana de la madre y envuelve desde luego a la generación de los hijos” (2006, V, p. 518). Precisamente, en el mismo lugar, en *Estudios sobre el amor*, pero pocas páginas después define a la mujer española como la perfecta combinación de dos agentes: “la presunta herencia de los árabes y la intervención del cura” (2006, V, p. 520). En definitiva, en la filosofía orteguiana

se reafirma la noción de maternidad como *destino*, se sigue confinando a las mujeres en actividades profesionales subalternas y rutinarias, se desatiende su educación, se las pone en guardia frente a la amenaza de masculinización contra natura que representa la minoría que osa dedicarse a actividades tradicionalmente reservadas al hombre y, finalmente, se descalifica por viriloides al movimiento feminista como motor de su liberación. (Mora, 1987, p. 199)

En definitiva, ese oficio ideal de la mujer al que alude tantas veces el erudito español Ortega y Gasset se vincula con el hogar, con la maternidad, la crianza y las tareas de los cuidados de los menores, pero también con el esmero por atender el domicilio familiar.

5. CONCLUSIONES

Como ha quedado señalado, la figura femenina se asienta en la obra de José Ortega y Gasset desde sus primeros escritos y *Cartas* hasta los últimos. Aunque se interesó por la formación intelectual de las mujeres, defendía la superioridad del varón. En *El hombre y la gente* Ortega afirma: “En la presencia de la Mujer presentimos los varones inmediatamente una criatura que, sobre el nivel perteneciente a la humanidad, es de un rango vital algo inferior al nuestro. No existe ningún otro ser que posea esta doble condición: ser humano y serlo menos que el varón” (2010, X, p. 225). Su hija Soledad, “se muestra sin embargo prudente en la polémica con su padre, [...] y escoge el camino más inteligente de apoyar sus ideas en una figura a la que ni su padre podría oponer resistencia: la del mismo Cervantes” (Maillard

2014b, p. 9). Recordemos por un momento el texto póstumo de Ortega “Manifiesto de Marcela”, aunque redactado en abril de 1905 tal como consta en una de las cartas que aquel mes le había enviado a su amigo Paco Navarro Ledesma (1991, p. 592). Apunta María Luisa Maillard

lo que Soledad percibe del texto que analiza Ortega es que Cervantes había tenido la intuición genial [...] de que la mujer es en realidad un ser humano que, como todo ser humano, aspira a una vida libre, sin ajustarse a la imagen que el varón ha diseñado para ella. No, no es el parlamento de Marcela un Manifiesto, nos dice Soledad, sino un aria de prima donna. (Maillard, 2014b: 9)

Su hija “era una mujer valiente y su experiencia propia le había enseñado justo lo contrario de lo que defendía su padre” (Maillard, 2014b, p. 9). Y es que Ortega y Gasset “no era escritor feminista, no, a pesar de que pocos hombres habrá que más hayan animado a la mujer a realizar una labor equiparable a la del hombre en el mundo intelectual —que era en el que se movía—, y pocos habrán sentido el entusiasmo que él sentía por la mujer culta, la mujer refinada” (Maillard, 2014^a, p. 15). En cierto modo, esta afirmación es exacta ya que el propio filósofo había organizado todo para que la pintora gallega Maruja Mallo, miembro de la Generación del 27, expusiese su obra en las salas de trabajo de la *Revista de Occidente*.

Por otra parte, se sabe que gustaba de la amistad intersexual y de las mujeres cultas, si bien es cierto que pareció encontrar más ese afecto en mujeres de otros países y culturas que en la suya. Por ejemplo, “restò in cordiale contatto con la Ocampo, punto di riferimento del suo secondo viaggio e ancor più del rifugio argentino dall’Agosto 1939 al Febbraio 1942” (Parente, 2013, p. 100) y fruto de esa amistad fue el Epílogo a la obra de la argentina *De Francesca a Beatrice*. En el país austral

Ortega se enlaza con el entorno de tres damas muy conocidas en Buenos Aires y muy ricas: Bebé Sansinena de Elizalde, Julia del Carril y Victoria Ocampo. No es precisamente el perfil de mujer que Ortega frecuente en España, o no al menos todavía; a lo sumo se parece a las muchachas desenvueltas que vio actuar en Alemania con la misma libertad que los hombres, como le contaba admirado y complacido a Rosa o a Paco Navarro Ledesma diez años atrás. (Gracia, 2014, pp. 241-242)

En sus escritos Ortega vincula continuamente a la mujer con el hogar. La hembra humana ha venido a este mundo a cuidar al hombre y a ser madre, así lo indica una vez más en el texto de 1927 “¿Masculino o femenino?”:

Todas las épocas masculinas de la historia se caracterizan por la falta de interés hacia la mujer. [...] los hombres viven a la sazón sólo con hombres. Su trato normal con la mujer queda excluido de la zona diurna y luminosa en que acontece lo más valioso de la vida, y se recoge en la tiniebla, en el subterráneo de las horas inferiores,

entregadas a los puros instintos –sensualidad, paternidad, familiaridad. (2005, IV, p. 68)

Es decir, consideraba que la misión de la mujer era ser madre, por un lado, y encantar al hombre, por otro lado. En definitiva, en las publicaciones de nuestro filósofo “vuelven a la palestra opiniones certeras y ampliamente aceptadas por diferentes sectores de la vida artística y cultural de la época como la pretendida adecuación de la naturaleza de la mujer a los trabajos nada creativos como el cuidado del hogar” (Castillo, 2003, p. 40).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abellán, J. L. (2000). *Ortega y Gasset y los orígenes de la transición democrática*. Espasa.
- Campomar, M. (1997). Los viajes de Ortega a la Argentina y la Institución Cultural Española. *Ortega y la Argentina*, pp. 119-149.
- Castillo Martín, M. (2003). De corzas, climas, vegetales y otras feminidades: Ortega y Gasset y la idea de feminidad en los años veinte. *España Contemporánea: Revista de literatura y cultura*, 16 (1), pp. 39-57.
- Cavana, M. L. P. (1996). La polaridad sexual de los valores. Simmel y Ortega y Gasset. *La filosofía contemporánea desde una perspectiva no androcéntrica*, pp. 99-114.
- Gracia, J. (2014). *José Ortega y Gasset*. Taurus.
- Guzmán, F. (1984). La mujer en la mirada de Ortega y Gasset. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 403-405, pp. 179-189.
- Lasaga, J. (2005). Zubiri y Ocampo: en deuda con Ortega. *Revista de Estudios Orteguianos*, 10/11, pp. 295-299.
- Maillard, M. L. (2004). Ortega y Zambrano, la deuda de un magisterio “que nada tiene de nostálgica memoria”. *Revista de Estudios Orteguianos*, 8/9, pp. 249-259.
- Maillard, M. L. (2014a). Soledad Ortega Spottorno. La mujer ante el reto de su liberación. *Revista de Estudios Orteguianos*, 28, pp. 11-15.
- Maillard, M. L. (2014b). Soledad Ortega. La «salvación» de una doble circunstancia. *Revista de Estudios Orteguianos*, 28, pp. 7-9.
- Mariás, J. (1991). *Acerca de Ortega*. Espasa Calpe.
- Mora, M. (1987). La mujer y las mujeres en la Revista de Occidente: 1923-1936. *Revista de Occidente*, 4^a (74-75), pp. 191-209.

- Ocampo, V. (2005). Entre Dakar y Barcelona. Recordando a Ortega. *Revista de Estudios Orteguianos*, 10/11, pp. 305-309.
- Ortega y Gasset, J. (1991). *Cartas de un joven español*. El Arquero.
- Ortega y Gasset, J. (1974). *Epistolario*. Revista de Occidente.
- Ortega y Gasset, J. (2004-2010). *Obras Completas*. Taurus. Diez volúmenes.
- Ortega y Gasset, J. (1988). *Para la cultura del amor*. El Arquero.
- Ortega Spottorno, J. (2002). *Los Ortega*. Taurus.
- Ortega Spottorno, M. (1983). *Ortega y Gasset, mi padre*. Planeta.
- Ortega Spottorno, S. (1983). *José Ortega y Gasset, imágenes de una vida 1883-1955*. Ministerio de Educación y Ciencia. Fundación José Ortega y Gasset.
- Parente, L. (2013). *Ortega y Gasset e la "vital curiosidad" filosofica*. Mimesis Edizioni.
- Pérez Martínez, A. R. (2012). Algunas relaciones entre literatura y filosofía en la obra de Ortega. *Revista de Estudios Orteguianos*, 24, pp. 127-146.
- Pitt, R. C. (2006). O masculino e o feminino. Aspectos éticos do amor na filosofia de José Ortega y Gasset. *Atas da VIII Semana de Filosofia*. Universidade Federal de São João del Rei, pp. 145-155.
- Queirolo, G. (2002). Diálogos acerca de lo femenino: Victoria Ocampo y José Ortega y Gasset. *Revista de la Facultad de Filosofía y Humanidades*, Universidad de Chile, 23, en línea: <<http://www.revistas.uchile.cl/index.php/RCH/article/view/5603/5471>> [Consulta: 29 de julio de 2014].
- Sequeros, A. (1983). *Teoría de la mujer en la obra de Ortega y Gasset*. Artes Gráficas Zerón.
- Zamora Bonilla, J. (2002). *Ortega y Gasset*. Plaza & Janés.
- Zamora Bonilla, J. (2008). Posibles lecturas de los epistolarios, *Revista de Estudios Orteguianos*, 16/17, pp. 225-244.